

que entregada abiertamente á los ingleses y á los rusos, y públicamente protegida por estos últimos en todas las negociaciones, no cesaba de manifestar á la Francia las predisposiciones más hostiles. La imprudente reina que había comprometido con odiosas crueldades al gobierno de su esposo, acababa de dar un paso malísimamente calculado. Había enviado á Milán al más torpe de los negociadores, que era un cierto príncipe de Cardito, para protestar contra el título del rey de Italia que había tomado Napoleón, título que muchos traducían por *REX TOTIUS ITALIÆ* grabadas en la corona de hierro. El marqués de Gallo, embajador de Nápoles, hombre de buen seso y grato asaz á la corte imperial, había procurado en vano estorbar este paso peligroso. Napoleón accedió á recibir al príncipe de Cardito, pero no quiso que fuera sino un día de recepción diplomática. Aquel día, después de recibir del modo más lisonjero á Mr. de Gallo, se dirigió al príncipe de Cardito, y le espetó la más fulminante rociada, declarándole con un lenguaje tan rudo como despreciador para su reina, que la echaría de Italia sin dejarla quizás para refugiarse la Sicilia. El príncipe de Cardito quedó tan corrido que tuvieron que llevarse casi desmayado. Este incidente produjo la mayor sensación y fué asunto de las comunicaciones de la Europa entera. Napoleón concibió entonces como instantáneamente la idea de hacer del reino de Nápoles un patrimonio para su familia, y convertirlo en feudo de su grande imperio; así iba poco á poco familiarizándose su mente con el pensamiento de lanzar á los Borbones de todos los tronos de Europa, á pesar de que, por lo tocante á los de España, su celo momentáneo por la guerra contra los ingleses, los exceptuaba en cierto modo de este formidable proyecto. Pero juzgando Napoleón que tendría que remover en breve á la Europa toda, ya porque lograra él el dominio de ella salvando el paso de Calais, ya porque distraído por la guerra continental de la guerra marítima, acabase de expulsar á los austriacos de Italia, prometíase reunir los Estados venecianos á su reino de Lombardía, y llevar entonces á cabo la conquista de Italia para uno de sus hermanos. Mas todos estos planes quedaban momentáneamente aplazados, porque ocupado exclusivamente de la invasión, no quería provocar en la actualidad una guerra continental.

Sin embargo, había una disposición que le parecía oportuna y poco peligrosa, que era la de poner un término á la situación funesta de la república de Génova. Esta república, situada entre el Mediterráneo que dominaba la Inglaterra y el Piamonte que la Francia había agregado á su territorio, estaba como presa entre estas dos grandes potencias, y creía amagada de muerte su antigua prosperidad; porque participaba de todos los inconvenientes de la reunión con la Francia sin tener ninguna de sus ventajas. En efecto, los ingleses no habían querido reconocerla, por considerarla como una hijuela del imperio francés, y perseguían á su pabellón en los mares. Los mismos berberiscos la merodeaban y la escarnecían descaradamente. La Francia, tratándola como á tierra extraña, la había separado del Piamonte y del país de Niza por medio de líneas de aduanas y de aranceles exclusivos. Todo esto hacía que Génova, constreñida por mar y tierra, se viese reducida al mayor apuro. Por lo tocante á la Francia, el provecho que de

ella recibía era igual al beneficio que le proporcionaba. El Apenino, que dividía á Génova del Piamonte, formaba una frontera infestada de bandidos, donde para mantener la seguridad de los caminos era menester emplear una numerosa y valiente gendarmería. Con respecto á la marina, el tratado recientemente concluído apenas garantizaba con seguridad los servicios que Génova podía prestarnos. Esta posesión, prestada, por decirlo así, de un puerto extranjero para fundar un establecimiento naval, sin autoridad ninguna directa, era un ensayo que pedía algo más. Reuniendo el puerto de Génova y la población de las Dos-Riberas con el imperio francés, adquiriría Napoleón, desde el Texel al fondo del principal golfo del Mediterráneo, la suficiente extensión de costas y un número de marineros bastante para hacerse con mucho tiempo y constancia rival respetado de la Inglaterra, cuando no su rival en los mares.

No pudo resistir Napoleón á todas estas consideraciones: creyó que sólo la Inglaterra podía tomar en esta cuestión un verdadero empeño. No se hubiera atrevido á decidir de la suerte del ducado de Parma y de Placencia, ya por causa del papa que se lisonjeaba con la esperanza de poseer algún día este ducado, ya por causa de la España que le codiciaba para aumentar el reino de Etruria, ya por fin por consideración á la misma Rusia, que no desesperaba de lograr la indemnización del antiguo rey del Piamonte mientras quedase vacante un territorio en Italia. Pero Génova le parecía de poco interés para el Austria por lo mucho que de ella distaba, de ninguna consideración para el papa y la Rusia, y en su concepto sólo interesaba á la Inglaterra, y no teniendo que guardar con ésta miramientos, porque ignoraba que estuviere con la Rusia tan unida como en realidad estaba, resolvió unir la república liguriana al imperio francés.

Este era un yerro, porque, atendida la disposición de ánimo del Austria, bastaba pronunciar una nueva reunión para que esta potencia se echase en brazos de la coalición; con esto se daba á todos nuestros enemigos, que llenaban la Europa de pérfidos rumores, un nuevo y fundado pretexto para clamar contra la ambición de la Francia, y sobre todo contra la violación de sus promesas, puesto que el mismo Napoleón, al fundar el reino de Italia, había prometido al Senado no agregar ninguna provincia más á su imperio. Pero Napoleón, que si bien conocía demasiado los malos designios del continente para no creerse dispensado de guardar miramientos, no los conocía bastante para apreciar en su justo valor el peligro de una nueva provocación, prometiéndose por otra parte ir en breve á resolver á Londres todas las cuestiones europeas, no vaciló, y quiso enriquecer á la marina francesa con la plaza de Génova.

Era su ministro en esta república su paisano Salicetti, á quien encargó que sondease y predispusiese los ánimos. No era este encargo difícil de cumplir, porque todos en la Liguria le eran adictos. El partido aristocrático y anglo-austriaco no podía ser más contrario; el protectorado bajo el cual se hallaba en la actualidad Génova, le parecía tan odioso como la misma agregación á la Francia. El partido popular por su parte creía columbrar en esta reunión la libertad de su comercio en el interior del imperio, la certeza de una gran prosperidad futura, la garantía de no volver á caer jamás

bajo el yugo oligárquico, y por último la ventaja de pertenecer al primer Estado de Europa. Sólo la minoría de la nobleza, propensa á la revolución, veía con disgusto la desaparición de la nacionalidad genovesa, pero los altos cargos de la corte imperial eran un cebo suficiente para contentar á los principales personajes de esta clase.

Preparada la proposición con unos cuantos senadores, y presentada por ellos al senado genovés, fué adoptada en este cuerpo por veinte individuos entre veintidós deliberantes, y después confirmada por una especie de plebiscito expedido en la forma usada en Francia desde la instalación del consulado. Abriéronse registros para que cada cual pudiese consignar su voto, y toda la población de Génova, lo mismo que la de Francia, se apresuró á depositar en ellos su sufragio, favorable con rarísimas excepciones. El senado y el Dux, por consejo de Salicetti, se trasladaron á Milán para hacer manifestación de sus votos á Napoleón; fuéronle presentados con un aparato que recordaba los tiempos en que los pueblos vencidos acudían á reclamar la honra de formar parte del imperio romano. Recibiólos Napoleón desde su trono el día 4 de junio, declaró que acogía sus deseos, y les prometió visitar á Génova al dejar la Italia.

A esta incorporación se agregó otra que, si bien de poca importancia, vino á ser como una gota de agua más en un vaso que ya rebosa. La república de Luca carecía de gobierno, y se hallaba incesantemente traqueada entre la Etruria españolizada y el Piamonte ya afrancesado, á la manera de un batel sin timón en un pequeño mar. Sugestiones semejantes á las que dejamos indicadas la dispusieron también á ofrecerse á la Francia, y siguiendo sus magistrados el ejemplo de los de Génova, fueron á Milán á pedir el beneficio de una constitución y de un gobierno. Acogió también sus votos Napoleón, pero, pareciéndole que se hallaba demasiado distante para reunirse al imperio, destinó su territorio para patrimonio de su hermana mayor, la princesa Elisa, mujer de natural despejo, demasiado afectada tal vez á la pedantería, pero dotada al mismo tiempo de las cualidades propias de una reina gobernadora, la cual con su acertada administración supo hacer amar su autoridad en aquel exiguo territorio, por cuyo motivo mereció el renombre, ingeniosamente inventado por Talleyrand, de *Semiramis de Luca*. Ya Napoleón la había conferido el ducado de Piombino; ahora les dió, á ella y á su esposo el príncipe Bacciocchi, la tierra de Luca como principado hereditario dependiente del imperio francés, revertible á la corona caso de extinguirse la línea masculina, y por consiguiente con todas las condiciones de los antiguos feudos del imperio germánico. La princesa Elisa debía en lo venidero llevar el título de princesa de Piombino y Luca.

Se encargó á Mr. de Talleyrand que escribiese á la Prusia y al Austria explicando estos actos, que miraba Napoleón como indiferentes á la política de estas dos potencias, ó por lo menos como incapaces de sacar de su inercia á la corte de Viena. Sin embargo, aunque los armamentos que estaba haciendo el Austria fuesen disimulados, se echaron de ver en parte, y no dejaron de sorprender al ojo experimentado de Napoleón. Había cuerpos en movimiento hacia el Tirol y las antiguas

provincias venecianas, cuya marcha ni podía negarse, ni el Austria la negaba, aunque ésta se apresuró á declarar que, pareciéndole demasiado considerables para meras fiestas militares las reuniones de tropas francesas que se verificaban en Marengo y en Castiglione, había tomado la precaución de aglomerar alguna fuerza armada; aglomeración que por otra parte motivaba suficientemente la fiebre amarilla que reinaba en España y en Toscana, y principalmente en Liorna. Esta disculpa era en cierto modo legítima, pero se trataba de saber si en realidad las medidas del Austria se limitaban á movilizar algunos cuerpos solamente, ó si se hacían nuevos alistamientos, si se completaban regimientos y se remontaba la caballería; pues varios avisos secretos, transmitidos por algunos polacos adictos á la Francia, empezaban á dar viso de verdad á estos rumores. Envió Napoleón inmediatamente al Tirol, al Friúl y á la Carintia, oficiales disfrazados, para que por sus propios ojos se enterasen de la naturaleza de los preparativos que se hacían, y al propio tiempo pidió al Austria explicaciones decisivas.

Otro medio discurrió también para sondear la disposición de ánimo de aquella corte. Ya dijimos que había canjeado la Legión de Honor con las órdenes de las cortes amigas; pero aún no lo había hecho con las del Austria, y deseaba constituirse con esta potencia en el mismo pie que con todas las demás. Ocurriósele, pues, dirigir sobre este asunto al Austria una proposición inmediata, y asegurarse de este modo de sus verdaderos sentimientos. Juzgó que si efectivamente estaba preparándose para una próxima campaña, no se atrevería á dar á la faz de Europa y de sus aliados un testimonio de cordialidad que, según las más de las cortes, era el más significativo que darse pudiera, y sobre todo á una potencia tan nueva como el imperio francés. Mr. de La Rochefoucauld había substituído en Viena á Mr. de Champagny, el cual fué promovido á ministro de lo Interior, y se le encargó que provocase las explicaciones del Austria sobre sus armamentos, y que la propusiese canjear sus órdenes con la Legión de Honor.

Napoleón, desde lo interior de la Italia, continuaba manteniendo á los ingleses en la ilusión de que la irrupción tan decantada, y tantas veces aplazada, no era sino una ficción, y ocupábase constantemente en disponer su ejecución para el verano. No ha habido jamás ciertamente operación ninguna que más despachos y correos haya motivado. Había agentes consulares y oficiales de marina en los puertos españoles y franceses, en Cartagena, en Cádiz, en el Ferrol, en Bayona, en la embocadura del Girona, en Rochefort, en la embocadura del Loira, en Lorient, Brest y Cherbourg, que, teniendo correos á su disposición, transmitían á Italia todas las noticias que de la mar recibían, por insignificantes que fuesen, y numerosos agentes secretos en los puertos de Inglaterra, que extendían sus informes y los remitían inmediatamente á Napoleón. Por último, monsieur de Marbois, que conocía muy á fondo los negocios británicos, tenía el encargo particular de leer por sí mismo todos los periódicos publicados en Inglaterra, y de traducir hasta las más insignificantes noticias relativas á las operaciones navales; y es muy digno de notar que las noticias más fidedignas que llegó á adquirir Napoleón, para evitar con tan perfecta exactitud todas

las combinaciones del almirantazgo inglés, las sacó de estos diarios, porque, aunque la mayor parte de las veces eran falsos los hechos que referían, su sagacidad prodigiosa deducía de ellos cuanto podía haber de verdadero. Otra cosa era aún más singular. A fuerza de atribuir á Napoleón planes extraordinarios, y á veces absurdos, habían llegado algunos á descubrir, sin sospecharlo su verdadero proyecto, y á dar como seguro que enviaba sus escuadras á lejanas navegaciones con el intento de reunir las repentinamente en la Mancha. Pero el almirantazgo no paró mientes en esta suposición, ni la dió crédito á pesar de ser la única acertada; así al menos se deduce de las combinaciones que formó.

A no ser por una circunstancia que debía disgustarle en sumo grado, y que ocasionó otra nueva modificación en su vasto proyecto, Napoleón podía estar completamente satisfecho de la marcha de sus operaciones. Dijimos que el almirante Missiessy había dado la vela durante el mes de enero con dirección á las Antillas. Ignorábanse aún los pormenores de su expedición, pero se sabía que los ingleses estaban muy temerosos por la suerte de sus colonias; que una de ellas, la Dominica, acababa de ser tomada, y que enviaban refuerzos á los mares de la América, con lo que los mares de Europa quedaban desamparados en provecho nuestro. El almirante Villeneuve, que salió de Tolón el 30 de mayo, después de una navegación cuyos pormenores se ignoraban, se presentó á vista de Cádiz, reunió á sus fuerzas la división española del almirante Gravina, que se componía de seis navíos y varias fragatas, y el navío francés *Aguila*, y se dirigió hacia la Martinica. No se volvió á saber de él desde entonces; sólo se supo que Nelson, encargado de guardar el Mediterráneo, no había podido alcanzarle ni al salir de Tolón ni al cruzar el estrecho. Los marinos españoles hacían cuantos esfuerzos podían, atendido el estado de estrechez en que les tenía un gobierno ignorante, corrompido é indolente. El almirante Salcedo había reunido en Cartagena una escuadra de siete navíos; el almirante Gravina, como ya hemos dicho, otra de seis en Cádiz; y el almirante Grandellana otra de ocho en el Ferrol, que debía maniobrar con la división francesa escalada en este puerto. Pero había escasez de marineros de resultas de la epidemia y del mal estado del comercio español, y para formar las tripulaciones se echaba mano de los pescadores y de los jornaleros de las poblaciones. Por último, quedó la España reducida á tal miseria con la carestía de cereales que había sufrido juntamente con la penuria rentística y la epidemia, que no le era posible suministrar á las escuadras las provisiones de galleta que debían llevar para seis meses. El almirante Gravina no tenía provisiones sino para tres meses escasos cuando se reunió con Villeneuve, y el almirante Grandellana apenas tenía en el Ferrol galleta para quince días. Por fortuna llegó á Madrid Mr. Ouvrard, á quien vimos ya tomar á su cargo los negocios de Francia y España, fascinó con los proyectos más halagüeños á aquella corte empobrecida, se captó su confianza, concluyó con ella un tratado, de que más adelante daremos cuenta y puso término por medio de varias combinaciones á los horrores de la miseria. Al mismo tiempo proporcionó á las escuadras españolas algunas raciones de galleta, y empezaron en

los puertos de la Península á ir otra vez las cosas lo mejor posible atendido el desquiciamiento de la administración española.

Pero mientras el almirante Missiessy difundía el terror en las Antillas inglesas, y los almirantes Villeneuve y Gravina navegaban juntos hacia la Martinica sin el menor contratiempo, Ganteaume, que debía reunirse con ellos, no encontraba modo de poder salir del puerto de Brest. Ocurría en la estación una especie de fenómeno muy singular; no había memoria de que se hubiese verificado jamás que la entrada del equinoccio no se manifestase con algún temporal; sin embargo, habían transcurrido los meses de marzo, abril y mayo (1805), sin que la escuadra inglesa hubiese tenido que alejarse una sola vez de las costas de Brest, y el almirante Ganteaume, que sabía la inmensa importancia de la operación á que debía contribuir, esperaba con tal impaciencia el momento de dar la vela, que concluyó por caer enfermo de pesadumbre (1). El tiempo estaba casi siempre caluroso y sereno. A veces algún viento de poniente, acompañado de borrascosas nubes, hacía esperar una tempestad, y el cielo se serenaba de repente. No quedaba más recurso que provocar á un combate desventajoso á una escuadra que era en la actualidad de la misma fuerza poco más ó menos que la escuadra francesa, y muy superior á ella en calidad. Los ingleses, sin sospechar precisamente lo que les amagaba, sorprendidos de ver una escuadra en Brest y otra en el Ferrol, y avisados además por las salidas de Tolón y de Cádiz, aumentaron la fuerza de sus bloqueos. Tenían unos veinte navíos á vista de Brest, mandados por el almirante Cornwallis, y siete ú ocho á vista del Ferrol mandados por el almirante Cálder. El almirante Ganteaume, en semejante posición, estaba incesantemente saliendo y entrando en la rada, fondeando en Bertheaume y volviendo al fondeadero interior, con toda su gente, soldados de tierra y marineros, consignada á bordo desde dos meses atrás, y agobiado por su pesadumbre preguntaba si se presentaría en batalla para abrirse paso á la alta mar, lo cual le fué expresamente prohibido.

(1) Reproducidos las dos cartas siguientes que prueban el estado en que se hallaba el ánimo de este almirante, y la verdad del gran proyecto naval, que algunas personas, que se empeñan en ver siempre falsedades donde no las hay, suponen haber sido una mera ficción. Estas cartas no son las únicas en su especie; pero las preferimos á otras para la presente citación.

*Ganteaume al emperador.*

A bordo del *Imperial*, el 11 floreal del año XII - 1.º de mayo de 1805.

Señor:

El tiempo extraordinario que está haciendo desde que estamos aquí surtos, no puede ya aguantarse: imposible me sería describir la pesadumbre que experimento al verme detenido en este puerto, mientras las otras escuadras marchan á vela llena hacia su destino, y nuestro retraso y contratiempo pueden comprometerlas cruelmente. Esta última y aflictiva idea no me permite un momento de reposo, y si hasta hoy he reprimido la impaciencia y el tormento que me devora, ha sido porque en aventurarnos á salir no he visto probabilidad ninguna en favor nuestro, al paso que estaban todas de parte del enemigo. Un combate desventajoso era, y es todavía, inevitable mientras el enemigo permanezca en su posición, en cuyo caso nuestra expedición quedará frustrada sin recurso, y nuestras fuerzas paralizadas por largo tiempo.

Sin embargo, al recibir el despacho de V. M. del 3 floreal, me proponía que nos arriesgásemos á dar la vela; todos los buques

Calculando Napoleón que habiendo transcurrido la mitad de mayo era peligroso hacer esperar más tiempo á Villeneuve, á Gravina y á Missiessy en la Martinica, puesto que podrían alcanzarlos las escuadras inglesas que habían ido en su seguimiento, modificó nuevamente esta parte de su proyecto. Decidió que si Ganteaume no había podido zarpar para el 20 de mayo, no tratase más de hacerlo, y esperase en Brest que se le libertase del bloqueo. Entonces dió orden á Villeneuve de volver á Europa con Gravina, y de ejecutar lo que en un principio debió haber hecho Ganteaume, esto es, de hacer levantar el bloqueo del Ferrol donde debía encontrar cinco navíos franceses y siete españoles, tocar en seguida, si le era posible, en Rochefort para reunirse con Missiessy, que probablemente estaría para entonces de vuelta de las Antillas, y por último presentarse á vista de Brest para facilitar á Ganteaume el paso de la mar, con lo que ascendería á cincuenta y seis navíos la suma total de sus fuerzas. Con esta escuadra, la mayor que se presentó jamás en el Océano, debía verificar su entrada en la Mancha.

estaban ya sobre una sola ancla; un viento de Oeste que sopló con alguna más fuerza por espacio de doce horas me había hecho esperar que el enemigo se hubiese enmarado, cuando se divisó su escuadra ligera desde nuestro fondeadero, y la inestabilidad y tenuidad de los vientos me impidieron persistir en mi propósito. Seguro de tener que detenerme en la rada de Bertheaume y de llamar allí la atención del enemigo, he renunciado á todo movimiento, y sólo deseo hacerle creer que jamás tuvimos intención de salir. Me tomo ahora la libertad de ratificar á V. M. las seguridades que ya le he dado sobre el orden y la situación en que tengo á todos los buques: las tripulaciones están embarcadas, las comunicaciones con la tierra no se verifican más que para lo estrictamente indispensable para el servicio, y á cada hora del día puede cualquier buque ejecutar las señales que pudieran dirigirsele; estas disposiciones, únicas que pueden ponernos en estado de aprovechar el primer momento favorable, continuarán con la más rigurosa exactitud.

*Ganteaume á Decrés.*

7 floreal del año XII - 27 de abril de 1805.

Creo, amigo mío, que no serás indiferente á lo que por mí pasa. Cada día transcurrido es para mí un día de tormento, y tiemblo al pensar que tal vez me veré por último obligado á hacer algún disparate de marca. Los vientos que por espacio de dos días soplaron del Oeste, aunque con poca fuerza y lluviosos, han cambiado ayer al NNE., y he tenido intenciones de arriesgarme á salir á pesar de que el enemigo continuaba descubriéndose hacia el Iroise, y que sus buques avanzados estaban á vista de la rada con tiempo sereno. Pero la certeza de un combate desventajoso que me inspiraba su posición y su fuerza, y la inestabilidad de los vientos, me lo han impedido, y me huelgo mucho de que haya sido así, aunque no por eso disminuye mi pesadumbre.

Lo largo de los días y lo hermoso de la estación casi me hacen dudar que pueda llevarse á efecto la expedición, y no puedo soportar la idea de tener inútilmente detenidos á nuestros compañeros en el punto de reunión, y de comprometerlos exponiéndolos necesariamente á dilaciones y á un regreso sobremano peligroso. Estos pensamientos no me dejan descansar un solo instante, y creo que á ti también te affigirán mucho. Sin embargo, amigo mío, puedes estar bien persuadido de que no he podido absolutamente obrar de otra manera á no haberme expuesto á los azares de un encuentro, que, independientemente de las probabilidades de triunfo que al enemigo daba su superioridad, hubiera igualmente dejado frustrada la expedición. El tiempo, como ya lo he escrito, ha sido siempre tal, que no era posible zarpar sin ser visto. Aunque en tus últimas me has encargado repetidas veces que escribiese á menudo al emperador, nada me atrevo á decirle no teniendo ninguna buena noticia que comunicarle. Guardo silencio esperando otros acontecimientos mejores, me abstengo de importunarle con cosas de poco momento, y me limito á desear que tenga á bien hacernos justicia. (N. del A.)

TOMO VI

Este plan era completamente realizable, y aun presentaba grandes probabilidades de buen éxito, como lo probaron en breve los acontecimientos; sin embargo, era menos seguro que el precedente. En efecto, si Ganteaume hubiera podido zarpar en abril, hacer levantar el bloqueo del Ferrol, lo cual era muy posible sin el menor combate, puesto que los buques ingleses que á la sazón bloqueaban este puerto no pasaban de cinco ó seis, y pasar á la Martinica, la reunión con Villeneuve y Gravina se hubiese verificado sin el más leve accidente; hubieran vuelto á presentarse en Europa con una fuerza de cincuenta navíos, y no hubieran tenido necesidad de tocar en parte alguna antes de penetrar en la Mancha. No había más exposición que la de tener en la mar algún encuentro, pero este peligro era tan remoto que apenas había que tenerlo en cuenta. El nuevo plan, por el contrario, tenía el inconveniente de exponer á Villeneuve á un combate á vista del Ferrol, y á otro á vista de Brest; pues aunque en estos dos encuentros fuese grande la superioridad de sus fuerzas, no había una certeza absoluta de que las dos escuadras á las cuales iba á libertar del bloqueo tuviesen el tiempo necesario para socorrerle y tomar parte en la batalla. En efecto, sólo se puede salir del Ferrol por angostos canalizos; allí, como en todos los demás puertos de igual disposición, no sirve el mismo viento para entrar que para salir, y era muy posible que una batalla que se empeñara á la entrada de estos dos puertos se acabase antes que las escuadras detenidas en su interior pudiesen zarpar y reforzar la escuadra libertadora. Por otra parte, con sólo que el combate pareciese incierto, podían desalentarse nuestros generales, los cuales, por muy bizarros y denodados que personalmente fuesen, no tenían en la mar gran confianza. El mismo Villeneuve, aunque intrépido soldado, no tenía una fortaleza proporcionada á sus recursos, y era por lo tanto muy deplorar que la constancia del buen tiempo hubiese frustrado la primera combinación.

Un momento pensó Napoleón en otro proyecto que, aunque proporcionaba menos fuerzas, conducía á Villeneuve á la Mancha de una manera segura; consistía en que este almirante, en vez de presentarse á vista de Brest ó del Ferrol, diese la vuelta á la Escocia, y se dirigiese después al mar del Norte y á vista de Bolonia. Verdad es que en este caso en vez de cincuenta navíos solo llevaría veinte, pero esta fuerza era muy bastante para tres días, y la escuadrilla, suficientemente protegida, se abriría camino de seguro. Napoleón se fijó momentáneamente en esta idea, la extendió en el papel, luego aspirando á una seguridad mayor, prefirió el aumento de fuerzas á la mayor certidumbre de llegar á la Mancha, y volvió á su plan de hacer levantar el bloqueo del Ferrol y de Brest con la escuadra de Villeneuve.

Esta fué la última variación que introdujeron las circunstancias en su proyecto. Todas estas combinaciones se le ocurrieron, como él mismo refiere en una postdata de una de sus cartas, en medio de un festejo, y allí las maduró y tomó su partido, dando inmediatamente las instrucciones necesarias para llevarlas á cabo. En Rochefort se habían dispuesto dos navíos que mandaba el contraalmirante Magón, y se mandó á éste zarpar al punto para anunciar á la Martinica el cambio